

BOLIVAR: LOS ROSTROS DE UN HOMBRE

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Quién fue aquel huérfano caraqueño que liberó cinco países? ¿Quién el dandi presuntuoso que se convirtió en guerrero infatigable? ¿Quién el derrotado en Puerto Cabello y Carúpano, Barcelona y Ocumare que triunfa en el Pantano de Vargas y Boyacá, Bomboná y Ayacucho e hizo decir a sus enemigos que era más peligroso fracasado que victorioso? ¿Un soldado o un estadista? ¿Un bailarín o un diplomático? ¿Un actor o un caballero? ¿Eran la misma persona el orador inspirado y el corresponsal inolvidable? ¿El lúcido pensador o el tuberculoso que se pasó la vida cabalgando?

¿Cómo apresarle en una sola imagen si estuvo un cuarto de siglo de un lado para otro, envuelto en el torbellino de pueblos que surgían de la nada o, por lo menos, de su imaginación sin fronteras? Esa que no le daba tregua y que hoy mismo tanto nos sorprende.

Son tantos los hechos, tantos los hombres que lo rodearon, tan complejas las circunstancias locales y universales, que resulta muy difícil buscar una nueva vía de acceso y despejar el terreno para acercarnos a su alma. Sin embargo, a Bolívar siempre se vuelve, de modo inexorable.

Refinado en la corte de Carlos IV, el payanés Mallo, Godoy y María Luisa, la misma corte que luego desnudaría el pincel del sordo Goya, capturado por la atracción del sol napoleónico, a todo ello, a la vieja Europa, diría adiós en un varonil proceso que terminaría por darnos madurez, conciencia y autonomía. Como lo dijo Gerhard Massur:

“América fue conquistada antes que descubierta, esclavizada antes que reconocida y reglamentada antes que comprendida. Fue necesario un redescubrimiento –y una nueva perspectiva de este redescubrimiento– y en él Simón Bolívar desempeñó el papel de Colón” .

Sólo que este redescubrimiento comenzó consigo mismo: el dueño en Caracas de doce casas, de mil esclavos, de hacienda y ganados, liberaría a sus negros y proclamaría, con hechos y reflexiones, ideas de independencia, soberanía popular, progreso y civilización. Republicano convencido había asimilado a Plutarco, a Voltaire, Rousseau y Montesquieu, pero no sólo miró hacia el pasado neoclásico. Le comunicó su ardor de romántico.

En el fondo lo consumía un ansia de gloria y perdurabilidad que volvía superflua cualquier preocupación material. Ella lo impulsaba más allá de los vaivenes de una guerra o los altibajos de un gobierno. Todo podía caer a tierra, menos su gloria. Esa gloria unida a la libertad de Colombia. Así era Bolívar: aprendió de Miranda pero no vaciló en entregarlo a los españoles. Le daba la razón a Santander pero al mismo tiempo buscaba reconciliarse con Páez. Escribía cartas exaltadas a Fernando VII pero batió sus ejércitos hasta hacerlos regresar a Cádiz. Buscaba seducir a los obispos, fuesen criollos como Lasso de La Vega o españoles como Jiménez de Enciso, para reanudar los contactos con la Santa Sede mientras en sus proyectos de constitución colocaba a la religión dentro del ámbito privado. Le comentaba a Santander que su batalla, la de Bomboná, era mucho más importante que la de Pichincha, ganada por Sucre. Al poco tiempo bailarían de júbilo ante la noticia del triunfo en Ayacucho, atribuyéndole todo el mérito a Sucre, su heredero.

Así era Bolívar, pero todas sus acciones apuntaban a un solo objetivo que las justificaba: la Independencia. El hacer que América ingresase al mundo y cumpliera el papel para el cual estaba destinada: no sólo el contrapeso entre un mundo viejo y este nuevo sino el de convertirse en factor decisivo para el equilibrio del universo. Tal su sueño.

Bolívar, el atormentado

Por ello ascendía de sus fracasos, emborrachándose en el júbilo de sus entradas triunfales, trátase de Caracas, Bogotá, Quito o Lima. O se despojaba de sus investiduras para vencer así a su rival Morillo

como cuando el armisticio de Santa Ana: se presentó en mula, con una simple chaqueta azul y un sombrero de campaña. Ante esa figura los cincuenta oficiales del Estado Mayor español comprendieron cuán irrisorias resultaban sus condecoraciones y medallas.

Bolívar no era más que una idea desnuda: liberar América del dominio español y unir estos pueblos en una confederación o sólida liga. ¿Quién podría detenerlo?

En su libro *Historia de San Martín y de la emancipación suramericana* el ex Presidente Argentino Bartolomé Mitre trazó esta silueta de Bolívar el atormentado contraponiéndola a la de San Martín el estoico. Ella refleja muy bien el impacto de su trayectoria sobre quienes estuvieron más próximos a sus hazañas. Dice Mitre:

“Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de flotantes sueños políticos, sediento de gloria, de poder, de resplandor, de estrépito, que acaudillando heroicamente una gran causa todo lo refería a su personalidad invasora y absorbente. El mismo se ha retratado a sí prorrumpiendo en uno de sus teatrales simulacros de renunciaciones del mando supremo: ‘Salvadme de mí mismo, porque la espada que libertó a Colombia no es la balanza de Astrea’ ”.

Hasta aquí Mitre. Si aceptamos su hipótesis de que la vida de Bolívar parecía estar regida por dos intereses antagónicos, el ideal de libertad y su ambición personal, el choque, en su caso, resultó fecundo. Cinco naciones a las cuales contribuyó a darles perfil definido e infinidad de intuiciones realizadas o aun reclamando su culminación definitiva.

También la lección de Bolívar en sus momentos de lucidez auto-crítica debe ser incorporada al caudal de nuestra historia. Recordemos aquella verdad con la cual terminaba su proclama del 27 de agosto de 1828, que bien puede considerarse el reverso exacto de sus exultantes euforias. Pide Bolívar: “Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo”. He aquí otra de sus grandes enseñanzas para esta América inconstante que rodea a sus hombres en el triunfo y luego los manda a morir en el ostracismo y el exilio, deformando sus hechos y empalideciendo sus palabras.

De este modo, buscando la protección de Inglaterra y asimilando ideas de la constitución norteamericana, como sucedió durante la

primera república, Bolívar iba amalgamando elementos exóticos en una peculiar síntesis americana, aplicable a recién nacidos países que entonces eran apenas atrasadas provincias de un vasto imperio, aquel que iba de El Escorial a las Filipinas.

Los dolores del parto

Pero en este arduo ejercicio de combatir y legislar, al mismo tiempo, se aprendía mejor quiénes eran nuestras gentes y cuáles sus problemas. Los dolores del parto hay que pasarlos solos y la pluma de Bolívar los registra uno tras otro. A Santander le escribía:

“En diez años de lucha y trabajos indecibles; diez años de sufrimiento que casi exceden las fuerzas humanas, hemos experimentado la indiferencia con que toda Europa y aun nuestros hermanos del norte han permanecido tranquilos espectadores de nuestro exterminio”.

Otra carta suya a Santander, ésta del 8 de marzo de 1825, reitera la idea:

“Los ingleses y los norteamericanos son unos aliados eventuales y muy egoístas”.

¿Qué implicaba todo ello? Que la aventura de Bolívar partía de la nada, en un mundo donde las viejas ideas monárquicas se armaban de nuevo en la Santa Alianza y las nuevas ideas burguesas, de la expansión capitalista, irrumpían conquistando mercados sin importar el costo.

Los historiadores Gustavo y Helena Bayhaut subrayan cuatro puntos dentro de este renovado horizonte:

1. La afirmación de los intereses británicos en ultramar. Saldos ampliamente favorables en su balanza comercial aumentados a la vez por el comercio ilícito y el contrabando.

2. Profundos cambios en la sociedad europea, con el ascenso de los sectores burgueses y la intensa actividad empresarial y competitiva de una economía capitalista en expansión.

3. Consecuencias de este desarrollo en la periferia: las clases altas criollas desean liberarse de la tutela metropolitana y participar, en alguna forma, de ese nuevo culto a la riqueza, sin ceñirse al modelo industrial.

4. Grandes cambios culturales determinados por la difusión del pensamiento ilustrado, y su expresión latinoamericana militante: logias y sociedades secretas, puesta en duda de valores y sistemas.

Por ello la preocupación central de Bolívar, ante estas nuevas circunstancias era adquirir una fuerza propia que le permitiese prescindir de tales tutores y la concediese el derecho de hablar de *tú a tú* con cualquier poder. Sólo la unidad de América podría otorgársela.

Los documentos centrales de su trayectoria como pensador americano reafirman tales planteamientos una y otra vez. En el Manifiesto de Cartagena de 1812, en la Carta de Jamaica de 1815, en el Discurso de Angostura de 1819, en el discurso de presentación de la Constitución Boliviana de 1826 y en el discurso de renuncia ante el Congreso Constituyente de Colombia, en Bogotá, en 1830, puede seguirse el hilo de una reflexión que, más allá de las coyunturas específicas y de los matices temporales, busca, en todo momento, el difícil cometido de conciliar la soberanía popular con el principio de autoridad para que de allí, de esos gobiernos sólidos, surja una confederación de naciones en pie de igualdad con cualquier otra.

Como lo caracterizó José Umaña Bernal: "Su sistema era un sistema de libertad y democracia autoritaria; el gobierno fuerte; un poco el despotismo ilustrado". Por su parte Carlos Lozano, hablando de "Bolívar maquiavélico", lo describió así: "Aristócrata por la cuna y el ambiente, autoritario por naturaleza, sin prejuicio alguno doctrinal contra las monarquías, Bolívar era un temperamento demócrata".

Y ese temperamento lo llevó a decir, una y otra vez:

"El Gobierno de Venezuela fue republicano y debe ser republicano. Sus bases deben ser la soberanía popular, la división de poderes, la libertad civil, la abolición de la esclavitud y el exterminio de la monarquía y sus privilegios".

Podemos cuestionar, cómo no, sus propuestas de presidencia vitalicia y senado hereditario, pero sólo si logramos captar la atmósfera en que se propusieron, en medio de 472 batallas y recorriendo 123.500 kilómetros, para aclimatar la independencia y hacer que fructificara en tierras donde la revolución, al comenzar, tenía enfrente a los pobres del país y la encabezaban el dinero y la aristocracia intelectual.

La fuerza no crea gobierno

Estas palabras de Bolívar en el *Diario de Bucaramanga*, de Peru de Lacroix, pintan muy bien tales inicios:

“En los primeros años de la independencia, se buscaban hombres y el primer mérito era ser valiente. De todas las clases eran buenos, con tal de que peleasen con brío. A nadie se podía recompensar con dinero, porque no lo había; sólo se podían dar grados militares para estimular el entusiasmo y premiar las hazañas. Así es que hombres de todas las castas se hallan hoy entre nuestros generales, jefes y oficiales, y la mayor parte de ellos no tienen otro mérito que el valor brutal que ha sido tan útil a la República, haber matado muchos españoles y haberse hecho temibles. Negros, zambos, mulatos, blancos, hombres de todas las clases, que en el día, en medio de la paz, son un obstáculo para el orden y la tranquilidad. Pero fue un mal necesario”.

Un mal necesario: como en el caso de los aliados, egoístas y eventuales, también la guerra, crisol donde se fundían diferencias, podía acarrear males sin cuento: los caudillos militares erigiendo sus feudos propios. Por ello Bolívar que exaltaba los necesarios triunfos guerreros matizaba sus consecuencias y refrenaba a los impacientes jóvenes que lo seguían hasta la muerte con advertencias como éstas:

“Un soldado victorioso no gana el derecho de mandar en su país natal. No es el juez de sus leyes o del Gobierno. Es el defensor de su libertad”.

Y repetía, en 1816: “Las armas destruirán en vano a los tiranos a menos de crear un orden político que pueda sacar provecho de los daños de la revolución. El sistema militar es un sistema de fuerza, y la fuerza no crea gobierno”. Y en 1828: “¡Desgraciado del pueblo cuando el hombre armado delibera!”.

Bolívar dio entonces un vuelco radical al modo como se inició la revolución americana y logró que negros y blancos, pobres y ricos, criollos e indios se unieran en la común empresa: la Independencia. Compartieran el sintético ideario que la animaba: “Nuestra patria es América. Nuestros enemigos son los españoles. Nuestra meta es la independencia y la libertad”.

Sólo que en las vastas e incomunicadas regiones americanas muchos núcleos prohispanicos todavía gritaban: “¡Viva Fernando VII, abajo los blancos!”.

La idea monárquica había penetrado de tal modo que en muchos casos se buscaba apenas la sustitución de Fernando VII por cualquier otro nombre, pero de sangre azul, sin lugar a dudas.

Buscando rey

Erigir, por ejemplo, como rey del Río de La Plata, Chile y Perú, al infante Francisco de Paula, hijo menor de Carlos IV, residente en Roma. O como lo quería Belgrano restaurar en el trono a los incas, reivindicando a Juan Bautista Tupac Amarú, hermano del caudillo muerto en el Perú. O como sugería Pueyrredón ofrecerle el trono a los borbones franceses, a través del nombramiento de Carlos Luis de Borbón, joven príncipe de Luca aficionado al violín. O como indicó San Martín, en 1821, desde el Perú, a los comisionados que debían viajar a Europa a tratar el asunto:

“Están por consiguiente autorizados los comisionados para explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Saxe-Coburgo, o en su defecto uno de la dinastía reinante de la Gran Bretaña, pase a coronarse emperador del Perú. En este último caso darán preferencia al duque de Sussex, con la precisa condición de que el nuevo jefe de esta monarquía limitada abrace la religión católica”.

Pero si él no acepta bien podría otorgárselo a una de las ramas colaterales de Alemania, o a uno de los príncipes de la Casa de Austria, siempre y cuando estuviesen respaldados por el gobierno británico.

Cualquiera servía: una princesa portuguesa casada con el Inca, un protectorado ruso, Iturbide proclamado emperador de México el 18 de mayo de 1822: no era fácil desarraigar la idea monárquica. La inmadurez nos llevaba a buscar testas coronadas que nos confiriesen razón de ser. Con ello, como decía Bolívar refiriéndose a una liga presidida por los ingleses, acabaríamos por tener “tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos”. La revolución se convertía así no sólo en una lucha contra una potencia extranjera. Era, quién lo duda, una discordia perenne, un combate contra nosotros mismos y las ideas inculcadas. Un conflicto social, un conflicto racial donde el debate se daba también, como decía Bolívar, entre las “anarquías demagógicas” y las “tiranías domésticas”: esos particularismos que terminarían por recortar su sueño.

¿Cuál es entonces el balance de la Independencia?

¿Abolición de la inquisición, supresión parcial del tributo indígena, medidas restrictivas contra la esclavitud, derogación, más jurídica que social, de las normas de casta, libertad de comercio, ingreso de inmigrantes? La Independencia fue algo más que eso: cambió nuestro modo de concebir el mundo.

Los citados historiadores Beyhaut ofrecen este resultado:

“Se debe admitir que hubo independencia sin descolonización y que la revolución fue predominantemente un movimiento de los colonos contra las metrópolis, sin mayores beneficios para las razas colonizadas”.

Algo, por cierto, que corroboran muchas palabras de Bolívar al final de sus días como éstas que le sirven para terminar su discurso de 1830: “Conciudadanos: Me ruborizo al decirlo: la Independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás”. Pero lo cierto es que sin dicha independencia nada parecía posible: ni curarnos de la idea monárquica, ni combatir el naciente militarismo (proveniente, en verdad, de la propia emancipación), ni aprender a situar en su lugar aliados egoístas y eventuales.

Sólo la firmeza de un gobierno estable, sujeto a las leyes, permitiría a estos países libres conocerse a sí mismos y mirar más allá de sus fronteras. Superar, en medio de las arduas exigencias de un nacimiento, los caracteres impuestos a la fuerza.

Vernos a nosotros mismos: mirar lo que nos rodea

Esta carta a Santander resume a cabalidad el primer tema:

“Por fin han de hacer tanto los letrados que se proscriban de la República de Colombia, como hizo Platón con los poetas, en la suya.

¿Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona? No han echado sus miradas sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bandidos del Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los guagibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes de Africa y América que como gamos recorren las soledades de Colombia?

¿No le parece a usted, mi querido Santander, que esos legisladores, más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina? Yo lo creo así, y estoy cierto de ello”.

Entre la realidad y los papeles, entre el centralismo y las provincias, entre las legislaciones y los hombres, se fracturaba el terreno, mostrando abismales ignorancias: esos países que no conocíamos. Esos vastos territorios salvajes que incluso hoy en día aún no se hallan poblados. No sabíamos ni siquiera dónde estábamos. Europa nos daba las categorías para interpretarlo y esa cabeza de Goliath, que eran las capitales, subdesarrollaba al resto del país y terminaban por volverse macrocefálicas. Allí se exarcebaban las tensiones: allí explotaban.

Virreinos y capitanías americanas dependían de España. Estaban unidas a ella por lazos muy estrechos. Más aún: eran parte de aquellos reinos. Y sólo se descubrían a sí mismas, como entidades autónomas, en la conflagración de la independencia. La lucha les permitía verse. ¿Y cómo era esa lucha? El historiador Eric Hobsbawm la describe así en su libro *Las revoluciones burguesas*:

“Las revoluciones iberoamericanas fueron obra de pequeños grupos patricios, soldados y afrancesados, dejando pasiva la masa de la población blanca pobre y católica y a la india indiferente u hostil”.

La habilidad de Bolívar consistió en incorporar esos elementos aun hoy en día no integrados del todo, dentro de un mismo turbión atropellado. Así Bolívar ofreció como estímulo incentivos a los cuales supo dar contextura de reformas: tierra a los soldados (reforma agraria), libertad para los esclavos (el decreto data de 1816) y exenciones y reducciones tributarias para los indígenas (reformas fiscales). Tres vertientes dispares confluyendo en un mismo cauce y expresándose a través de una personalidad catalizadora y multifacética como era la suya.

El otro punto básico de la concepción bolivariana era abrirse al mundo. Convertir el impulso guerrero en sólidos pactos que fortificarán la paz. Lo expresa con claridad una carta del 12 de junio de 1818 redactada en Angostura y dirigida al “Excelentísimo Señor Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de La Plata, Juan Martín Pueyrredon”. Dice allí Bolívar:

“Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad”. Y agrega:

“Cuando el triunfo de las armas complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más

frecuentes o relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto Americano, que formando de todas nuestras Repúblicas un Cuerpo Político presente la América al mundo con su aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las Naciones Antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede ese deseado voto, podrá llamarse la Reyna de las Naciones y la Madre de las Repúblicas. Yo espero que el Río de La Plata, con su poderoso influxo, cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración”.

Desde su cuartel de Angostura Bolívar vislumbraba cuán fecunda resultaría la paz. Como lo expresaba en su proclama a los habitantes del Río de La Plata.

“La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanen su suelo, entonces os convidaré a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea unidad en la América Meridional”.

La figura mercurial de Bolívar se transformaba así, en la vecindad de la pólvora y la fatiga, en el legislador y estadista que preveía, con el Congreso de Panamá, con cada uno de sus mensajes, actuales organizaciones como las Naciones Unidas y la OEA. Su esperanza era sólida pero no por ello sus realizaciones dejaron de ser reales. Había encontrado en Hispanoamérica orígenes diversos, una heterogeneidad racial y cultural. Había padecido revoluciones y anarquía, grandes distancias, miseria y analfabetismo. La ambición de las élites y la pasividad de las masas. ¿Cómo lograr que nazca, de tal conjunto, una perfecta democracia republicana? Intentó entonces para estos países, tal como lo señala el historiador colombiano Javier Ocampo:

“Un modelo político que lleve a la solidaridad continental y a la integración de acuerdo con las regiones, una administración pública ágil, un gobierno fuerte para reprimir turbulencias, y un estilo de gobierno original, aplicable precisamente a la problemática de Hispanoamérica, muy diferente a la europea y norteamericana” .

Modelo cuya importancia destaca el historiador argentino Enrique de Gandía:

“Nuestro continente empezó a poner fin a las monarquías, creó el moderno sistema político liberal, constitucional, presidencialista y democrático, con el voto de todos los hombres, sin distinciones raciales, de nobleza, de religión, ni de ninguna otra especie, y sacó el poder de los reyes para dárselo a los pueblos” .

Los doce rostros de Bolívar

Pueblos jóvenes, de gente joven: cuando la campaña admirable se le unen a Bolívar, en 1813, hombres de 20 años como Santander, de 21 como Ricaurte, de 25 como Atanasio Girardot. Pueblos jóvenes, entonces de gente joven, y alejados del mundo por distancias que eran algo más que físicas: un marino francés, Alfonso Moyer, recuerda cómo en 1824, siendo 9 de diciembre, Bolívar tenía los periódicos de Europa hasta el 24 de agosto: tres meses y medio de retraso con respecto a la Metrópoli. La cifra es de por sí simbólica. Pero no fue obstáculo suficiente para que dichos pueblos no se hallaran a sí mismos y ocuparan su lugar en la historia.

Lo hicieron a través del prisma de una personalidad en permanente conflicto consigo misma: allí donde convivían el propósito mesiánico con el realismo escalofriante, el arranque pasional y la reflexión certera, la guerra a muerte con el amor por Manuela Sáenz. Como lo dice Mario Laserna:

“Arrogancia y dureza con ternura y humildad; vitalidad caribe y sobriedad ibérica; victorias espectaculares y derrotas ignominiosas; en fin todo aquello que permite apreciaciones y atisbos parciales pero no en verdad equilibrios universales”.

Tal torbellino de aspectos en apariencia inconciliables está en nuestras raíces, y no debemos olvidarlo. El joven que había estudiado sólo esgrima y danza, francés y matemáticas, y que como lo decía su tío materno Esteban Palacios su educación se reducía apenas a “leer un poco y escribir mal” se había convertido, por su capacidad para compartir la entraña de sus gentes, en el clarividente pensador de nuestras virtudes y nuestros males. Al aprender a escribir, y en qué forma, aprendió a pensar.

Qué lejos quedaba ya el niño rico y bien, que era además soldado del Rey: subteniente de Milicias regladas de los Valles de Aragua. Qué distante el hombre que pasaba de las luces racionales de la Ilustración Francesa al pragmático utilitarismo inglés. El trabajo sobre lo concreto, la realidad tal como es, aquí y ahora, no había logrado lastrar ninguno de los vuelos de su mente.

Su imagen, es, en consecuencia, la de un hombre. Los doce rostros de Bolívar que pide Abelardo Forero Benavides como requisito previo para entenderlo: el mantuano, el amante, el viudo, el gue-

rrero, el diplomático, el soñador, el autor de epístolas, el orador, el discípulo de Simón Rodríguez, el constitucionalista... Tuvo, como diría Borges, todos los rostros y ninguno: el suyo, indeformable, y el nuestro, aún por hacerse.